

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 31 DE ENERO DE 1909

NUMERO 57



EL SILBATO

Cuando Benjamín Franklin no había cumplido aún los once años, un día de feria se halló, no sé por qué casualidad, dueño de un dollar, cantidad exorbitante para él, que, hijo de un pobre fabricante de velas de sebo, no había poseído jamás ni la décima parte de tal suma.

Gozoso y feliz al verse con tanto dinero, el alegre y satisfecho muchacho se dirigió corriendo y brincando á la feria para comprar en

Ayuntamiento de Madrid

ella algún juguete, cuando otro chico de su misma edad, armado de un estridente pito, se interpuso, por casualidad, en su camino.

Acercóse Benjamín al del silbato, acercóse también éste á Benjamín, al cual obsesquió con unos cuantos de sus más terribles y estrapitosos pitidos, y tan bien le pareció el juguete al pequeño Franklin, tanto le agradaron sus inarmónicos sonidos, que, deseoso de adquirir otro igual, y creyendo que su poseedor lo había comprado en la feria:

—Ven conmigo—le dijo—y enséñame dónde has comprado tu juguete para que yo compre otro igual.

—No encontrarás otro igual—repuso el interpelado, orgulloso de poseer lo que Benjamín deseaba,—porque éste me lo ha traído mi padre de muy lejos.

—Entonces—murmuró tristemente Benjamín; pero recordando su dollar—no puedo tener otro igual—pensó,—pero tendré ese mismo—y sacando y poniendo de manifiesto su caudal:—Cambiemos—dijo,—tú me das tu juguete y yo te doy este dinero para que tú te compres con él lo que quieras.

Aceptada su proposición por el otro muchacho, y realizada la compraventa, ambos rapaces se separaron, y Benjamín, dueño ya de tan deseado pito, atormentó con él los oídos de cuantas personas halló en su camino hasta llegar á su casa, donde, pita que te pita, mortificó también y con igual encarnizamiento á su familia.

—Calla, condenado, calla—le dijo por fin su padre.—¿De dónde demonios has sacado esa mortificación?

Creyendo Benjamín que su padre deseaba saber dónde había comprado su juguete, contó dónde, cómo y en cuánto lo había adquirido, y cuando su familia, parientes y deudos supieron lo que por él había dado, tanto se mofaron de él, tanto se rieron á costa suya, tantas veces le llamaron tonto y tantas y tan crueles fueron las burlas de todos, que el futuro sabio, pesaroso ya de su compra, mohino y amostazado, ni aun quiso cenar aquella noche.

A la mañana siguiente, Benjamín, que apenas había dormido, se dirigió muy temprano á la feria, donde sobre que vió centenares de pitos iguales, y aun mayores que el suyo, pudo comprobar por sí mismo que con el dinero dado por el que adquirió hubiera podido adquirir medio centenar de ellos.

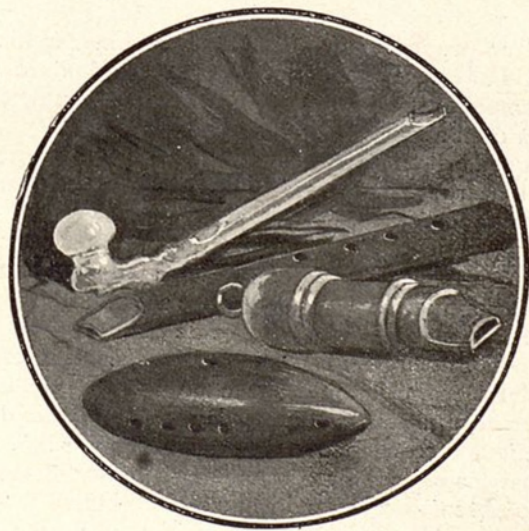
A pesar de la aflicción que esto le produjo y de lo duro y terrible del desengaño, el pequeño Franklin no sintió ira ninguna, y al volver á su casa, lejos de romper con enojo el malhadado objeto de su compra, lo cogió y guardó cuidadosamente. «Me servirá de lección y de escarmiento», se dijo, y en efecto, desde aquel día, siempre que deseaba adquirir alguna cosa pensaba en su verdadero valor, y «Cuidado—se decía,—cuidado, Benjamín, no des demasiado por tu pito». Frase ó advertencia ésta que el virtuoso y sabio norteamericano, inventor del pararrayos, se dirigió á sí mismo muchas veces durante su vida; jamás, á pesar de haber llegado á reunir ciencia, honores y riquezas

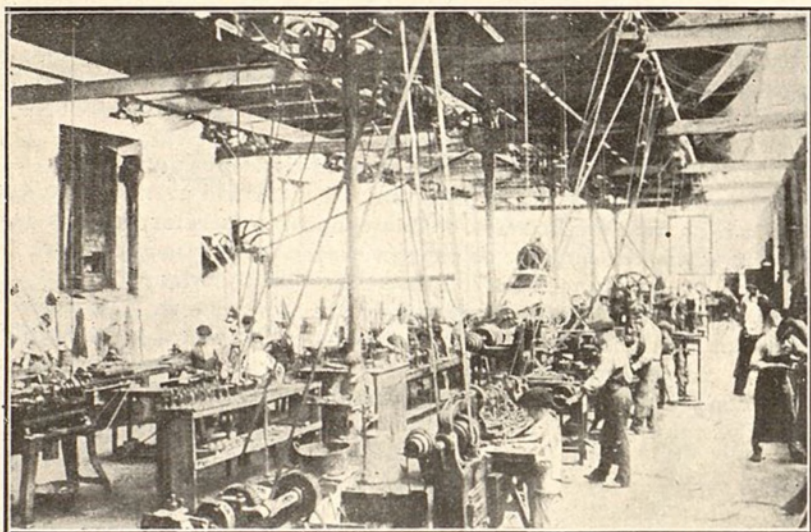
olvidó la lección recibida, y siendo un pobre apenado de tipógrafo, y cuando veía á alguno que por satisfacer su ambición, su vanidad, ó sus inclinaciones y apetitos, transigía con su conciencia y sacrificaba su reposo y su libertad, ó disipaba su fortuna en los placeres, con daño de su salud y de su vida:

—He ahí—solía decir—uno que da demasiado por un pito.

Demasiado, en efecto, damos todos por un pito cuando á lo que poco ó nada vale sacrificamos cosas de mucho más valor, sin ver que *Dios hizo gigante al deseo y á la posesión enana*, y que la mayor parte de las cosas de la vida no valen lo que cuesta el adquirirlas.

Únicamente el cumplimiento del deber y las acciones humanitarias valen por sí mismo lo que cuestan; debiendo, por tanto, mis infantiles lectores no abandonarse imprudentemente á sus deseos, no sea que, como con frecuencia acontece, y á Franklin le aconteció, vayan á dar demasiado por un pito.





EL ACERO

El acero es un producto que resulta de combinar el hierro puro con una cantidad de carbono, y este producto adquiere una gran dureza al ser templado. Se temple el acero enfriándolo, cuando está al rojo, en agua ó en alguna mezcla fría.

Con esto queda dicho que el carbono es el elemento constitutivo principal del acero, y que entra en él en una cantidad variable. Y como el carbono contenido en el acero es mayor que el que contiene el hierro dulce, y menor que el que hay en el fundido, por ejemplo, los métodos para fabricar el acero consisten en aumentar ó disminuir la parte de carbono que en las distintas clases de hierro se encierran, á cuyas operaciones se les da el nombre de *carburación* y *decarburación*.

Aunque no hay documentos que acrediten cuál fué el origen de la fabricación del acero, es antiquísima la modificación del hierro por medio de ciertas manipulaciones que le dan las cualidades del acero.

Los hebreos debieron conocer esas cualidades, según se desprende de algunos pasajes de los libros santos. Los indios comenzaron á usar el acero, y lo obtenían calentando al rojo el hierro y apagándolo en agua; y esta operación, repetida varias veces, es bastante para producir una aceración superficial.

Los griegos consideraron la del acero como una invención nacional.

Los romanos, sin embargo, atribuían á los españoles la fabricación del acero, porque, según ellos, eran los que mejor lo elaboraban. Marcial elogiaba las aguas del río Jalón, porque aseguraba que tenían propiedades especiales para la fabricación del acero.

Los primitivos habitantes de las Galias desconocían ese producto y

usaban largas espadas de hierro que se doblaban á los primeros golpes, por lo que tenían que suspender el combate para enderezarlas con el pie.

Los japoneses disponían el hierro dulce en barras que colocaban en los lugares pantanosos con objeto de que se oxidase; las retiraban luego y volvían á batirlas de nuevo, previamente puestas al rojo. Repetían esta operación por espacio de ocho ó diez años, al cabo de cuyo tiempo el hierro que quedaba, por no haberse oxidado, presentaba ya las propiedades del acero.

El sistema que primero debió emplearse fué el siguiente: se hacía una cavidad en la roca en lugar muy expuesto al viento; dentro de ella se quemaban ramas y troncos de árboles y se echaban allí varios fragmentos de mineral de hierro, cuidando de alimentar el fuego hasta que el mineral quedaba convertido en una masa porosa llena de ceniza y de escorias. Golpeábase fuertemente ésta sobre una piedra muy dura—porque entonces no se conocía el yunque—con objeto de purificar y soldar el mineral.

Más tarde inventáronse los hornos, que eran á modo de chozas, desde cuya parte superior se arrojaba adentro el mineral y el combustible, pero no se obtenía la entrada del aire que avivase el fuego más que por una abertura que se dejaba al efecto, cuya abertura servía también para retirar la masa porosa que el mineral produjo.

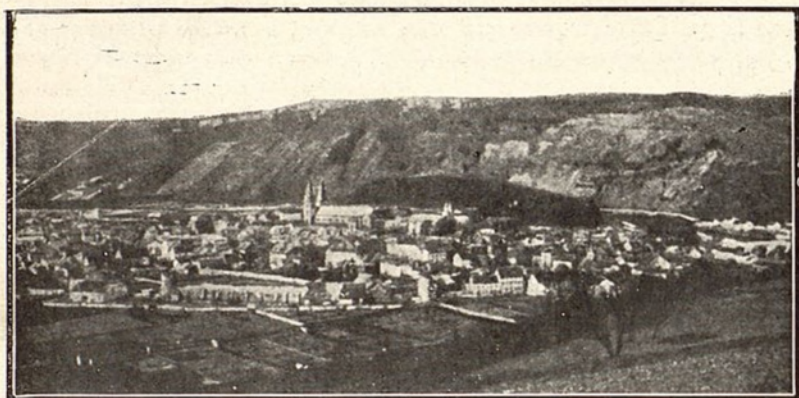
Después se descubrieron los fuelles, y con su ayuda se consiguieron rápidas y constantes corrientes de aire, gracias á las cuales la fusión del metal fué más rápida y perfecta, y se empleó también para calentar el hierro ya fundido, á fin de enfriarlo y obtener el acero. Las *forjas catalanas* se inventaron posteriormente, y con ellas se perfeccionó algo la fabricación del acero, que no ha llegado, sin embargo, á hacerse con arreglo á principios científicos hasta nuestros días.

Hacia 1650 se empezó á fabricar en grande escala el acero en Inglaterra. El acero fino fué descubierto en el mismo país por un obrero llamado Benjamín Huntsman, pero al ingeniero Wolkmar se deben los primeros trabajos científicos acerca de este producto, y sólo después de ellos ha adquirido esta industria el desarrollo que tiene hoy.

El punto de partida de la moderna industria del acero data, sin embargo, del descubrimiento del método ideado por Bessemer, que abarató considerablemente ese producto, por lo cual tiene hoy á reemplazar al hierro en casi todas sus aplicaciones. En 1855 tomó Bessemer su privilegio de invención para fabricar el acero, aprovechando la introducción de una corriente de aire en la masa fundida; fué mejorando su procedimiento por medio de sucesivas modificaciones, y se estableció algún tiempo después, asociándose con Roberto Mushet. Obtuvieron más de 30 millones de pesetas de beneficios con la explotación de su procedimiento.

Otras mejoras han introducido más tarde los ingenieros Martín y Siemens, y ahora con el método que lleva sus dos nombres unidos se ha abierto una nueva y fecunda era á esta importante industria.

JUAN ANTON.



PANORAMA DE ECHTERNACH

LA PROCESION DE LOS DANZANTES

En el valle del Sura, río que sirve de frontera entre el gran ducado de Luxemburgo y la Prusia Renana, está situado Echternach entre montañas, donde hay una pintoresca iglesia en que se conservan las reliquias de San Willibrord. Este santo, cuyo nombre no es conocido en nuestros calendarios, fué uno de los apóstoles de la Frisia que Pipino el Breve, padre de Carlomagno, acaba de conquistar. San Willibord, ó Willibrord, bautizó á aquel Monarca, y nombrado obispo por el Papa Sergio I, falleció en el convento de Echternach en el año 739.

En honor de este santo se celebra anualmente una peregrinación curiosísima, á la que concurren lo menos 10.000 peregrinos de los cantones próximos al gran ducado de Luxemburgo, de Bélgica, de Holanda y, sobre todo, de la Prusia occidental. Esta peregrinación no se parece á las demás, porque si bien es verdad que en ella se cantan las alabanzas del santo y se implora su protección, lo más notable de ella es que la devoción se manifiesta, sobre todo, bailando. Este espectáculo atrae un considerable número de viajeros deseosos de contemplar esta función, en la que la parte coreográfica se mezcla seria y religiosamente á los sagrados ritos.

A la caída de la tarde de la víspera de la fiesta, aquel paisaje se anima poco á poco; un grupo descende de la montaña por un ápero sendero. Un sacerdote marcha á la cabeza, seguido de algunos hombres, mujeres y niños, con su bandera ó estandarte. Vienen de Prusia, de Holanda, y han caminado cuatro leguas, cinco y algunos diez, á pie, y pasan la noche en alguna granja, en un establo ó á la intemperie si no encuentran alojamiento ó son muy pobres para pagarlo. A este grupo van siguiendo otros muchos, y el día de la fiesta por la mañana ya se encuentran juntos los millares de peregrinos dispuestos á bailar. Al

pie de una cruz, levantada donde, según la tradición, el santo plantó un tilo, se instala un púlpito y un sacerdote predica una breve plática, y, después de entonar el himno *Veni Creator*, se forma la procesión.

Detrás de los bomberos, mandados por sus oficiales, va el clero, revestido de los ornamentos sagrados, rodeado de niños de coro y cantores. A veces asisten obispos, y el cardenal arzobispo de Tréveris suele presidir. Cada parroquia sigue su estandarte; las señoritas, con sus sombreros de flores y plumas; las aldeanas modestas, con sus tocas blancas y sus sayas de estameña, en filas de cinco en cinco; los hombres, detrás, generalmente en mangas de camisa, y danzan todos durante más de un kilómetro, hasta los ancianos y los enfermos.

¿Cuál es el origen de esta extraña costumbre? Hay muchas hipótesis que pretenden explicarla,

pero todas inciertas. Algunos suponen que la primera procesión tuvo por objeto una rogativa contra la peste; otros creen que fué en agradecimiento á haberse librado, por la intercepción del santo, de una epidemia del baile de *San Vito*. La costumbre es inmemorial, y los santos danzantes de *Echternach*, como ellos mismos se llaman, no faltan en el día de la fiesta.

La procesión se termina en la iglesia,

alrededor del sepulcro de San Willibrord. El cordón de peregrinos llega al pie de la iglesia por una de las escaleras; marcha en torno del templo y penetra en el fondo del coro cantando, pero el baile se suspende á la entrada del santuario. Desfila la procesión delante de la urna cineraria del santo, y cada parroquia se va agrupando alrededor de un calvario bajo los tilos. El sacerdote entona una plegaria que rezan todos los fieles, y la ceremonia termina. Los peregrinos se dispersan entonces al través de *Echternach*, y antes de emprender la marcha para sus respectivos pueblos meriendan de buena gana y hacen un gran consumo de cerveza.

Desde hace algunos años se ha tratado de modificar esta fiesta extraña, pero la tradición tiene hondas raíces.



LA PROCESIÓN DE LOS DANZANTES



AUSTERLITZ. CUADRO DE LALAUZE

El 2 de Diciembre de 1805 se libró en Austerlitz la famosa batalla, ganada por Napoleón I, contra los ejércitos aliados rusos y austriacos, mandados por sus respectivos emperadores Alejandro I y Francisco II. La lucha fué tremenda, y al final de ella los rusos, al correr sobre los lagos helados

para buscar su salvación, rompieron el hielo y quedaban muchos sepultados bajo los témpanos. Hicieron los franceses 20.000 prisioneros, entre ellos ocho generales y diez coroneles, y apesaron 180 cañones. Quedaron sobre el campo 15.000 muertos y heridos.



LAS BONDADAES DE NINI

XII

Yo seguí pensando esas cosas y otras mucho rato. Se acercó mamá á darme una medicina, la probé y me supo tan mala, que lo mejor me pareció tirarla, y así lo hice.

De pronto vi entrar á papá con muchísimas cajas; di un salto en la cama y dije:

—¡Uy, papá! ¿Puedo ya hablar? ¿Qué traes ahí? El médico me ha visto la lengua y no dice que se va á caer; yo creo que ya puedo hablar, papá. Además, es muy soso estar calladita, y además, todos son tontos, porque en cuanto me callo se ponen tristes, y no hacen más que preguntarme qué me pasa; pues si me dicen que me quedará sin lengua si hablo, ¿cómo quieren que hable? Esto es una atrocidad... aquí nadie sabe lo que se pesca... y yo estoy ya cansada... y tengo muchas ganas de contaros lo que me han dicho las Hadas y el ángel, y cómo eran los perros y el palacio... y además, ahora mismito me var á dar esos juguetes que me has comprado porque te he obedecido... ¡Qué gusto, papá, tengo lengua y juguetes...!

—¿Ves?—contestó papá.—Si sale muy buena cuenta siendo obediente; en cambio, si te hubieses rebelado, ¡pobrecita Nini!, yo no te hubiese entregado los juguetes, y la lengua estaría en la basura, ¡qué horror...!

—¡Mira, mira,—le dije,—démame de músicas y dame las cajas.

Papá se echó á reír y me dió una; la abrí...

—¡Jesús, que precioso!

Era una salita muy linda de color de rosa.

—¡A ver otra...! ¡Anda, qué bien!

Un juego de peines y peinetas y caja de polvos y collares y muchas cosas para muñeca.

—¡Otra, otra!—grite.—¡Qué preciosurez! ¡Mamá!—grité.—¡Que venga mamá!

Y cuando entró la dije:

—Mira, entérate; esto es una muñeca, y tiene el pelo largo y a mí no me dejas tenerlo; ¿te parece bien?

—Sí, Niní—contestó mamá;—pero ¿á que la muñeca se deja peinar sin rabiarse y patallear? ¡Cualquiera hace tirabuzones á la *apacible* Niní!

Eso está muy bien—pensé.—Ahí tienen ustedes una cosa que yo no había pensado; eso de tener el pelo largo debe ser muy fastidioso. Seguí abriendo cajas. Una comba, una pelota de colores, un teatrillo, y... ¿esto sí que me gustó! ¡una caja de soldados!

—Ya sabía yo—dijo papá—que eso te alegraría; ¡si Niní se ha equivocado en el camino y ha nacido niña debiendo ser niño!

Aún había otra caja que tenía un rompecabezas; vamos, una de esas cajas con taruguitos que hay que formar estampas con ellos.

—¿Qué te gusta más?

—¡Toma, qué pregunta! ¡La caja de soldados!

—Pues mira, los días que estés en la cama puedes formarlos, y también formar el rompecabezas.

—¡Sí, sí, venga! Que se lleven todas esas otras cosas, que me voy á sentar aquí.

Y me senté, me pusieron una tabla delante y formé los soldados.

Llegaron los abuelinos y nos pusimos á jugar los tres; yo, sentadita en la cama. Pero no teníamos pólvora, ¡qué lástima! Me dijo uno de los abuelos que cuando fué á comprarla por poco le llevan á la cárcel y todo por malo, porque creían que iba á matar á alguien. Hicimos una guerra magnífica, atroz, ¡lo menos salieron heridos veinte soldados que se quedaron sin pies ni cabeza!

—Cúralos, abuelo...—dije.

—¡Sí, sí, cúralos...! ¡Si no se puede!

—Pues papá compone las piernas y las cabezas rotas...

—Pero no las de plomo...

—Bueno, bueno, pues ya no juego—dije.—Iros á comer y que venga la doncella para que formemos el rompecabezas.

—¿Pero se ha enfurruñado la pitusa?—preguntaron.

—Se ha enfurruñado ¡ea! ¡Mira que no servir para componer patas de plomo!

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





RELATOS DE CAZA

EL VALIENTE TRIPAJO

En la amplia cocina del castillo, rodeando la lumbre que ardía y chisporroteaba en el ancho hogar, estaban sentados los ojeadores y los encargados de las traillas. Entre chupada y chupada á los cigarros y entre trago y trago de cierto vino viejo que chispeaba en sus ojos, charlaban y referían anécdotas de caza. Hablaba un tal Vicente, fornido mocetón, membrudo y recio como un roble. Hacía relación de todos los cazadores célebres que habían nacido en aquellos contornos, y colocaba sobre todos á un tal Tripajo, en cuyo loor todas las alabanzas eran pocas.

—Era el tío Tripajo—decía el narrador—gran andarín y gran trepador de rocas y pedruscos. Sufría lo mismo las escarchas de las noches invernales que el calor de los días de Agosto y, sobre todo, ponía la bala donde ponía el ojo, aunque éste lo pusiera en el cornezuelo de una mariposa. Y si á tirar nadie le ganaba, á valiente tampoco. Para él los gatos monteses eran ratoncillos; los lobos, liebres asustadizas, y los jabalíes, mansos perdigueros...

—Un poco menos, Vicente, un poco menos—dijo de pronto un viejo que fumaba en una disforme pipa.—El tío Tripajo era buen tirador, pero valiente... ni por pienso. El contaba muchas valentías, sin que jamás le viéramos hacer alguna. A mí siempre me estaba mareando contándome grandes hazañas, en las que por poco demostrara tener más fuerzas y más valor que aquel Sansón que mataba los leo-

Ayuntamiento de Madrid

nes volviéndolos del revés como calcetines. Tanto me harté de oirlo que un día quise poner á prueba los dotes de que alardeaba, y para ello lo invité á correr liebres. Salimos al amanecer de un día de Febrero, llevando nuestros dos hermosos é incomparables galgos. La mañana estaba fría; pero cuando llegamos al monte del Picacho ya el sol coronaba la sierra, y, entibiando el ambiente, caía como una bendición de Dios sobre los campos. En seguida empezamos á golpear jarales y chaparros y á azuzar á los perros, que sorbían con avidez el viento. Mientras discurríamos de este pradecillo á aquella espesura, contábame una de sus admirables hazañas. Se trataba de un formidable jabalí, y ya lo iba á rematar, no sé si de un simple manotón, cuando ladraron los galgos y vimos una hermosa liebre que corría

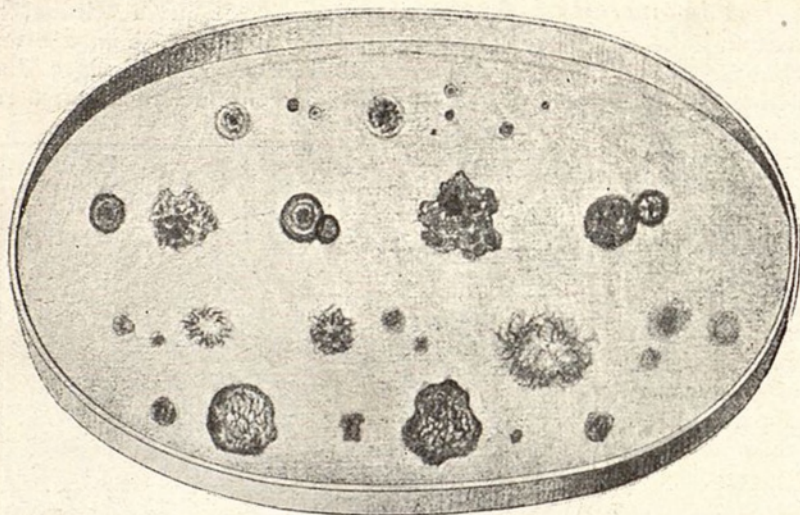
entre unas retamas. La cobró mi perro y seguimos monte arriba hasta meternos en las entrañas de la espesura. Fijo yo en mi idea, le propuse separarnos un poco, cosa que hicimos al momento, y cuando se hubo pasado algún tiempo, grité de pronto: «¡Tío Tripajo, tío Tripajo. ¡El lobo, el lobo...! ¡Ahí va...!» Esperaba yo que el temerón se aguardara para deshacer la fiera entre sus manos; pero con gran asombro, sentíle correr tan de veras que no logré alcanzarle hasta el llano, al cual creo que llegó antes que su galgo. Todavía, al aproximarme á él, tuvo valor para decirme: «¡Ah, Baltasar...! Si le llevo á tropezar ¡cómo le desmenuzo...!» Conque ahí tenéis al valiente sin par...

Calló el narrador y una formidable salva de carcajadas ahogó sus últimas palabras.



José A. LUENGO.

Ayuntamiento de Madrid



LOS HABITANTES DEL AGUA

Creían los antiguos que el agua cristalina, sin color, olor ni sabor especial, era de la mejor calidad y no ofrecía peligro alguno para la salud; pero en la actualidad las apariencias del color y del gusto no bastan á tranquilizarnos respecto de su pureza. Los progresos de las ciencias nos han hecho más precavidos.

Los sabios, enfocando el objetivo de sus microscopios sobre delgados cristales, han hecho pasar por sus ojos los innumerables habitantes que cada gota de agua contiene. Y no solamente los han observado á distancia, sino que los han guardado y multiplicado para observar mejor su vida.

Los millares de individuos que una gota de agua aprisiona, ocupadísimos en sus luchas sin tregua, no siempre se presentan ante el objetivo, y los bacteriólogos han ideado formar *colonias*, ofreciéndoles terrenos fértiles donde se multipliquen. En un trozo de gelatina un solo individuo produce generaciones de microbes que se elevan á cientos en el transcurso de veinticuatro horas, y forma en derredor suyo centros compuestos de varios millones de seres. Esta población aglomerada se revela á nuestros ojos del tamaño de una cabeza de alfiler. Algunas aguas contienen apenas, cuando se sacan del río, cinco ó seis habitantes por cada gota, pero dejándola inmóvil en una botella tapada se puebla con una rapidez espantosa. Al cabo de seis días llega á contener de seis á cincuenta mil gérmenes. El peso de un millón de microbes no llega á la cienmilésima parte de un gramo. En estas colonias se encuentran á veces los grandes malhechores: los de la tuberculosis, el carbunco y, sobre todo, el cólera y la fiebre tifoidea. En unas aguas prosperan y en otras perecen.

EN EL PECADO, LA PENITENCIA



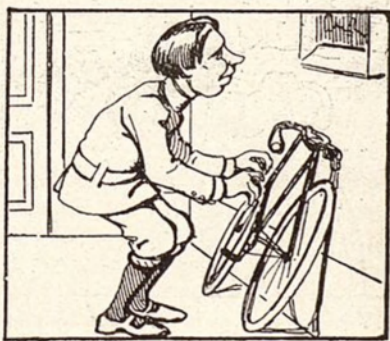
En las inmediaciones de Villatranquila merodeaba un feroz bandolero, terror y azote de aquella comarca.



Tanto, que cuando algún vecino tenía que salir fuera de poblado le llenaba de espanto hasta el rumor del viento,



Aun cuando se le perseguía sin descanso, como conocía muy bien el terreno se reía de sus perseguidores



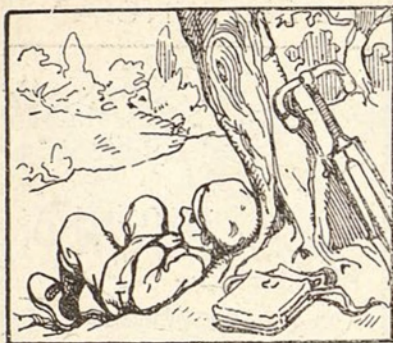
El joven sportman Perencejo se dispone á realizar un record de 2.000 kilómetros.



Provisto de todo lo necesario y lleno de entusiasmo deportivo, abandona la ciudad del sol al primer reflejo.



A media tarde llegó á las inmediaciones de Villatranquila, y se puso á merendar con excelente apetito.



Para hacer una digestión reposada y feliz, se tumbó á la sombra de una encina y se quedó profundamente dormido.



A poco pasó por allí el bandolero, y mirando la bicicleta, pensaba: «¡Ahora sí que no me cogen!»



Y salió corriendo con la máquina, mientras al ruido se despertaba sobresaltado el joven Perencejo.



Que se lanzó tras el bandolero, y encontrando en su camino á la pareja, les pidió su poderoso auxilio.



Al verse perseguido por los civiles, montó en la bicicleta, y mirando siempre para atrás, salió veloz como un ravo.



Y por no mirar adelante no vió un profundo precipicio, y á él fué á pagar todos sus delitos.